

Una genial intriga detectivesca en la Guerra Civil española

SHERLOCK HOLMES Y LAS HUELLAS DEL POETA

RODOLFO MARTÍNEZ



Sherlock Holmes en la Guerra Civil.

España, julio de 1938. La Guerra Civil dura ya dos años y parece decantarse inevitablemente hacia el bando nacional. Anticipándose a la victoria de los insurgentes, el gobierno británico envía a lord Phillimore como embajador oficioso a la corte de Franco en Burgos. Formando parte su séquito se encuentra una figura inesperada que se hace pasar por su mayordomo y que no es otro que el genial detective Sherlock Holmes.

Cuarenta años antes, un pariente de lord Phillimore se vio implicado en uno de los poquísimos casos que la brillante mente analítica de Sherlock Holmes no consiguió resolver. Aprovechando la designación de Phillimore como representante británico en la España nacional, Holmes sale de su retiro para obstaculizar las actividades de la Alemania nazi en nuestro país, resolver el mayor desafío de su carrera y luchar por última vez contra las fuerzas del mal y la destrucción.

En su empeño contará con la ayuda del joven Hudson, sobrino de su antigua ama de llaves en Baker Street, y con la de un elenco de personajes que va desde Rick Blaine (antes de abrir su famoso bar en Casablanca) hasta el alucinado escritor H. P. Lovecraft, pasando por Robert Capa, Jorge Luis Borges, George Smiley y hasta el mismísimo Winston Churchill.

En su nueva novela holmesiana tras el éxito de *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos*, Rodolfo Martínez continúa entretejiendo las ficciones de Conan Doyle y Lovecraft con asombrosa verosimilitud.

«Rodolfo Martínez lo ha vuelto a hacer. Un Sherlock Holmes cada vez más anciano, cada vez más cercano, investiga en la Guerra Civil española un caso que enlaza a los dioses más antiguos con los dioses de nuestro tiempo». Rafael Marín, autor de *Elemental, querido Chaplin*.

«Conan Doyle ha muerto, pero Sherlock Holmes sigue vivo y cabalga de nuevo en esta magnífica recreación de Rodolfo Martínez. Imprescindible para los holmesianos». Elia Barceló.

Estoy seguro de que los psiquiatras actuales se sentirían fascinados con una personalidad como la de Holmes, con esa apariencia de frialdad, ese ego prácticamente inabarcable, esos raptos de entusiasmo casi infantil, los breves pero intensos momentos en que su verdadera personalidad, afectuosa y leal, salía a la luz. Siempre me he preguntado cómo lo habría catalogado Freud de haberlo conocido. En realidad, siempre me he preguntado si Freud habría podido catalogarlo, si la personalidad desbordante de mi amigo no habría sido, tal vez, demasiado inclasificable para acomodarse con facilidad en las cajitas de personalidad en las que trataba de meternos a todos el psiquiatra austríaco.

El doctor Watson en Sherlock Holmes y la Sabiduría de los Muertos

Introducción del traductor

Los lectores de *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos* sin duda esperarán de mí una larga y pormenorizada descripción de cómo encontré un nuevo manuscrito holmesiano, dando cuenta de todas las peripecias en que me vi envuelto para hacerme con él y de los problemas que fueron surgiendo a cada paso del camino.

Temo que quedarán defraudados. No porque la historia no sea interesante (y créanme, queridos lectores, que bien pudiera haber dado ella sola para una novela) sino porque no es ni el lugar ni el momento adecuado para contarla.

Podría hablar de algunas cosas, bien es cierto. Pero temo que tendría que callarme precisamente aquello que a ustedes más les apetece saber: quién, por qué y de qué modo depositó en mis manos este nuevo manuscrito holmesiano. Soy dueño de mis propios secretos, pero no de los de los demás. Y la promesa que Rafael Marín y yo hicimos en Ginebra no es de las que se puedan romper a la ligera.

Así pues, debo limitarme a decir que, una vez más, alguien consideró adecuado poner en mi poder una historia holmesiana. Espero que mi versión castellana les produzca el mismo disfrute, el mismo estremecimiento que a mí me provocó leer el original. Si es así, agradézcanselo a su autor; y si no, échenme la culpa como traductor.

No hay mucho más que decir. Podría, por supuesto, embarcarme en una interminable explicación de por qué traduje tal cosa así y no de otra manera, o detallar de un mo-

do pormenorizado las distintas decisiones que fui tomando a lo largo del texto.

Me parece ocioso e innecesario. Por no mencionar que poco tacto revelaría si, una vez que me he negado a develar los pormenores de lo esencial (no por deseo propio, se lo aseguro) me embarcara en una interminable disquisición sobre los detalles de lo accesorio.

Ignoro si la misma persona que puso en mis manos tanto las historias que componen *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos* como este *Sherlock Holmes y las huellas del poeta* volverá a confiar en mí en el futuro. Si es así, prometo entregarme a la tarea con el mismo entusiasmo, dedicación y, por qué no decirlo, amor con que me entregué en el pasado.

Prólogo

Caídos por Dios y por España

Aquí estoy, en suelo español, casi cuarenta y cinco años después de haber puesto mis pies en él por última vez. Aquí estoy, en este lugar monstruoso, en este monumento a la arrogancia y el orgullo. Aquí estoy, dispuesto a cumplir la promesa que le hice al hombre más extraordinario que he conocido en mi vida.

No muy lejos de aquí, en Madrid, las multitudes celebran la victoria socialista mientras otros —estoy seguro— corren a los supermercados en busca de aceite y víveres, temerosos de que se repita la catástrofe de hace medio siglo.

Apenas hay turistas, son pocos los que se han aventurado en esta fría primavera castellana a viajar hasta aquí: media docena de extranjeros y algún fanático que trata de revivir en este lugar sus húmedos sueños patrióticos.

Y yo, claro.

Desde lo alto, una cruz inmensa vigila el paisaje como una carcelera desconfiada, y las figuras mastodónticas que la custodian son igual que aves de presa en una espera tensa. Recorro la plaza casi vacía, subo las escaleras y entro en lo que parece el vientre de una bestia mitológica. El monte ha sido vaciado con saña, con furor, con la misma rabia impotente que debió animar a los esclavos de los faraones.

El enorme pasillo en el que cabrían varias iglesias está flanqueado por imágenes llenas de falsa piedad, escenas

extraídas de la más politeísta de todas las religiones mono-teístas. Con razón mis compatriotas anglicanos han considerado siempre idólatras a los católicos: la profusión casi desbordante de santos, reliquias y lugares sagrados conforma un panteón que rivaliza con el de las antiguas religiones paganas.

Hace frío aquí dentro. Un frío monstruoso que se me mete en las entrañas y casi me hace dar media vuelta antes de llegar al final. Pero no, sigo arrimando por el vientre profanado de la montaña y por fin desemboco en la iglesia, casi vacía. Me detengo frente al altar y contemplo la tumba del guardián. No puedo evitar una sonrisa ante su paradójico destino: condenado para siempre a velar por el sueño de un hombre al que despreciaba y que, si bien no fue el culpable de su muerte, sin duda sí que la permitió y se benefició de ella.

Al otro lado me espera la tumba que he venido a contemplar, o quizá sólo es un lecho, un lugar de reposo hasta que llegue el momento adecuado. Es difícil conciliar las dos imágenes que tengo del hombre enterrado aquí. Como si el taimado cuarentón barrigudo de la guerra y el pequeño, arrugado y casi venerable anciano de los noticiarios en los últimos años de su reinado de mediocridad e indefinición no fueran la misma persona. Hay algo sin embargo que los conecta, algo que consigue que mi mente los identifique como uno solo sin dudas ni vacilaciones, y es esa vocecilla aflautada e indecisa con la que lo mismo podía condenar a un hombre a muerte que ordenar que le prepararan el yate. Y aquí está, durmiendo un sueño que no estaba destinado a él, con la esperanza eterna de un despertar que no es el que le había prometido la religión en la que fue educado y que siempre despreció en secreto.

De hecho, este templo es una farsa, todo este monumento mastodóntico es un engaño, como lo es su tumba, como lo es la de su guardián. Un engaño al destino, a la muerte. Recuerdo una vez más las palabras del poeta loco

y me pregunto qué pensaría al ver cumplida su profecía de este modo tan singular:

Que no está muerto lo que sueña en la eternidad y cuando los evos se acaben hasta la muerte morirá.

Aunque puede que esté equivocado. A lo mejor bajo esas lápidas no hay otra cosa que un par de cadáveres y el viaje que ese hombrecillo implacable y borroso creyó emprender hacia la inmortalidad en realidad lo ha llevado a la muerte. No lo sé, y probablemente no saberlo es uno de los motivos que me han hecho regresar a este país que juré no volver a pisar jamás. Eso, y el cumplimiento de la promesa que le hice al hombre más increíble del mundo hace más de cuarenta años.

—Tarde o temprano alguien tendrá que contar lo que ha pasado, William. Al fin y al cabo los secretos, por su propia naturaleza, están hechos para dejar de serlo. Y creo que si hay alguien adecuado para contarlo, ése eres tú.

Su petición me tomó por sorpresa, pero no la encontré descabellada.

—Aún no es el momento —siguió diciéndome—. Ni lo será hasta que pase mucho tiempo. Pero llegará el día en que contarás lo que ha pasado.

—¿Cuándo? —pregunté yo.

Recuerdo, como si fuera hoy mismo, la sonrisa enigmática que distendió sus labios envejecidos, el brillo casi socarrón que se asomó a aquellos ojos perspicaces.

—Lo sabrás, William. Cuando sea el momento, sin duda lo sabrás.

Tenía razón, por supuesto, como la tuvo casi siempre a lo largo de su vida. El momento ha llegado: los nietos de los vencidos ocupan hoy el sillón del poder y la influencia de ese hombrecillo hambriento de gloria ya no es más que una sombra con la que se asusta a los niños o se recuerdan tiempos pasados. Sí, qué mejor momento que el presente para contar, por fin, lo que pasó entonces.

Con una última mirada a la tumba (¿lecho?) abandono el templo, recorro de nuevo el pasillo y salgo al exterior. Mientras estaba dentro, el sol de primavera ha tratado inútilmente de calentar la mañana y, a pesar del cielo despejado, el frío no abandona mis huesos.

Su tumba, pienso de nuevo. ¿Su lecho?, vuelvo a preguntarme. Sí, el no saberlo, el tratar de dilucidarlo es un motivo tan válido para contar lo que ocurrió como la promesa que hice hace más de cuatro décadas.

Abandono el lugar, regreso a la civilización y, en mi habitación del hotel, me tumbo en la cama y duermo, sin sueños que pueda recordar, hasta que la noche se ha adueñado por completo de las calles de Madrid. Me asomo a la ventana y apenas puedo creer que esta ciudad sea la misma que conocí, llena de milicianos, de hambre, de miedo y esperanzas frustradas de victoria. En realidad, me digo, no lo es, del mismo modo que yo no soy el joven idealista de entonces. Pero, desde otro punto de vista, lo sigue siendo, de la misma manera que yo sigo siendo aquel muchacho. Decía Neruda que «nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos» y, aunque es cierto, también es mentira.

El joven lleno de empuje, horror y admiración ante lo que veía sigue dentro de mí, tal vez adormecido, pero vivo todavía, igual que la ciudad sitiada y desafiante que conocí en su día se oculta dentro de esta urbe caótica y asfixiante.

Bajo la persiana. Me siento en el pequeño escritorio de mi habitación y abro mi carpeta. Tomo la pluma, vacilo un instante ante el papel, y comienzo a escribir.

Primera parte

El espía que surgió de Sussex

Capítulo I

Detective, mayordomo, viajero, espía

Lo reconocí enseguida, en el momento mismo que se volvió y pude ver su perfil característico. En realidad, no puedo decir que fuera mérito mío, pues no se había molestado gran cosa en disfrazar su apariencia. Supongo que debió de pensar que, a aquellas alturas, el mundo ya se habría olvidado de él. Es posible que el mundo lo hubiera hecho, pero desde luego yo no, a pesar de que sólo lo hubiera visto una vez y de eso hiciera casi diez años.

Alto, afilado, de facciones tan precisas que parecían talladas a cincel, seguía conservando aquel brillo perspicaz en la mirada, y su perfil aquilino me resultaba igual de imponente que en el funeral de mi tía abuela. No parecía que los años hubieran pasado por él y, pese a que yo sabía bien que tenía que estar más cerca de los noventa que de los ochenta, aparentaba ser un sesentón bien conservado.

Creo que me vio en el mismo momento que yo a él. En realidad, sabiendo lo que ahora sé, es fácil llegar a la conclusión de que él sabía que estaba allí antes de que yo fuera consciente de su presencia, y que el volverse para presentarme el perfil fue su forma de hacerse visible a mi mirada. En cualquier caso, continuó imperturbable con sus tareas y no me dedicó más que un gesto fugaz; suficiente, sin embargo, para que yo dejase lo que me había traído allí y lo convirtiera en el único foco de mi atención. Parecía muy ocupado en impartir instrucciones a los empleados del ho-

tel sobre el equipaje de su señor y luego se entretuvo un tiempo interminable en examinar el menú que había sobre una de las mesas de recepción. Dio la impresión de que no era de su agrado y volvió a depositarlo sobre la mesa con un alzamiento de cejas un tanto reprobatorio.

Su señor, entretanto, se había embarcado en una conversación interminable con un comandante del Ejército de Tierra, supuse que concertando los detalles de su posterior entrevista con el que, ya entonces, empezaba a ser conocido como el Caudillo.

Finalmente, el comandante saludó, se cuadró militarmente y abandonó el hotel. Amo y criado sostuvieron entonces una breve conversación y, por fin, este último quedó solo en medio del enorme recibidor.

Sólo entonces pareció consciente de mi presencia. Su rostro se iluminó con una sonrisa y se dirigió con paso decidido hacia donde estaba yo.

—Vaya, vaya, el joven Hudson —me dijo, mientras me tendía la mano—. Esto sí que es toda una sorpresa.

Pero su tono de voz parecía desmentir sus palabras, como si encontrarme allí hubiera resultado casi inevitable.

—Señor Holmes —dije yo, levantándome y estrechando su mano—. No esperaba que se acordase de mí.

—Por Dios, Hudson, puede que esté entrando en una edad más bien proveceta, pero le aseguro que no es mi memoria lo que flaquea, si bien este viejo cuerpo me traiciona más de lo que me gustaría. —Tomó asiento frente a mí, en un gesto ágil que desmentía sus palabras—. Cómo no voy a recordar al sobrino nieto favorito de la buena de Martha.

—En realidad, el único, señor Holmes.

—Cierto, pero eso no tiene por qué convertirlo necesariamente en el favorito, ¿verdad?

No me quedó más remedio que mostrarme de acuerdo con él.

—La verdad es que ha elegido un lugar muy poco saludable para pasar unas vacaciones —añadió luego.

—Yo podría decir lo mismo de usted, señor Holmes.

—Sin duda, muchacho, sin la menor duda. Sin embargo, lord Phillimore es un viejo amigo y no pude negarle mi ayuda cuando me la pidió.

—Su ayuda... ¿como mayordomo? Alguien podría decir que es una extraña tarea para el mejor detective consultor del mundo.

—No olvide que estoy retirado, Hudson.

—Por algún motivo, señor Holmes, no consigo encontrar del todo creíbles sus palabras.

Volvió a sonreír.

—Siempre pensé que era usted un chico listo, Hudson, y me alegra ver que no ha defraudado las esperanzas que la buena de Martha puso en usted. Me encantaría seguir aquí charlando, pero me temo que lord Phillimore debe estar impacientándose a estas alturas, esperando a que alguien deshaga su equipaje.

Se incorporó y volvimos a estrecharnos la mano.

—Supongo que volveremos a vernos —dijo—, y podremos hablar con más calma, en cuanto mis obligaciones me dejen libre. Por no mencionar las suyas como reportero y fotógrafo, por supuesto.

Con una inclinación de cabeza, y antes de que yo pudiera preguntarle cómo había averiguado mi profesión, abandonó el recibidor del hotel en dirección a las habitaciones.

Miré mi reloj: era temprano, aún tenía tiempo antes de encontrarme con mi contacto, así que decidí permanecer allí un rato más. Cierto que ya había hecho lo que tenía que hacer y visto cuanto tenía que ver, así que nada me retenía en el hotel, salvo el hecho de que era el único lugar de toda la ciudad en el que relajarse y dejar de pensar por unos instantes no se había convertido aún en un desafío al destino.

Como he dicho, la única vez que había visto a Sherlock Holmes antes de aquel día había sido durante el funeral de

Martha Hudson, mi tía abuela, propietaria de aquel 221 B de Baker Street donde el gran detective había residido durante tantos años. Llevaba oyendo hablar de él desde mi infancia, por supuesto, y había tenido oportunidad de seguir sus hazañas a través de las historias que su asociado el doctor Watson había ido publicando en el *Strand Magazine*, pero nunca hasta entonces había tenido la ocasión de conocerlo en persona. Recuerdo que me sorprendió lo mucho que se parecía a las ilustraciones de Sidney Paget que acompañaban los relatos de Watson, aunque éstas habían sido incapaces de transmitir el brillo eternamente burlón que había en su mirada, como si Holmes conociera un chiste que a todos los demás nos estuviera vedado.

Durante el funeral se me había acercado para expresar sus condolencias, y ya entonces me llamó la atención el hecho de que era la única persona a mi alrededor que me trató aquel día sin el menor asomo de condescendencia, como si estuviera hablando con un adulto en lugar del perplejo muchacho de dieciséis años que era yo. Luego, tras media docena de frases de cortesía, había abandonado la iglesia, de un modo tan discreto que apenas me di cuenta de su partida. Pese a sus maneras frías y distantes parecía realmente afectado por la muerte de mi tía abuela; tiempo después se me ocurrió pensar que no había sido tanto por la pérdida de una persona querida como por la desaparición paulatina de lo que un día fue su mundo, proceso del que la muerte de tía Martha había sido un mojón más en el camino. Estaba en lo cierto, pero también me equivocaba.

Cuando, cuatro años más tarde, leí la necrológica del doctor Watson consideré durante unos instantes la conveniencia de asistir al funeral, más, lo confieso, por la oportunidad que me daba de encontrar a Holmes de nuevo que por otra cosa. Sin embargo, la prudencia se impuso a la curiosidad, y decidí no asistir.

Y ahora, el viejo detective aparecía en mitad de aquella extraña y contradictoria guerra en aquel país no menos